



## Denuncia y alegato en *Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke

**Analía Capdevila<sup>1</sup>**

IECH- UNR

acapdevila17@gmail.com

**Resumen:** Publicada en 1943, *Las colinas del hambre*, de Rosa Wernicke es una de las primeras novelas que trata el tema de las villas miserias. Adscripta claramente a la tradición de la novela social urbana, tal como la propuso la escuela de Boedo, la novela se presenta a la vez como denuncia y alegato de las condiciones de vida en el asentamiento del vaciadero municipal. en el barrio de Mataderos. a fines de la década del 30. En el presente trabajo proponemos un análisis de los recursos literarios de figuración y representación de la novela. en la doble vertiente que la estructura: el verismo en la descripción de los ambientes y el miserabilismo en el tratamiento de los personajes y en el desarrollo de la trama.

**Palabras clave:** Las colinas del hambre – Denuncia – Alegato – Boedo – Verismo – Miserabilismo

**Abstract:** Published in 1943, *Las colinas del hambre* of Rosa Wernicke is one of the first novel that deals with the theme of shantytowns. Clearly belonging to the tradition of urban social novel, as proposed by the school of Boedo, the novel is presented both as a complaint and allegation of living conditions in the settlement of the municipal dump, in the neighborhood of Mataderos, at the end of the 30s. In the present work we propose an analysis of the literary resources of figuration and representation of the novel, in the double aspect that its structure: the “truth” in the description of the environments and the

---

<sup>1</sup> **Analía Capdevila** enseña teoría literaria y literatura argentina en la Universidad Nacional de Rosario. Es miembro del Centro de Estudios de Literatura Argentina de esa universidad. Publicó, en colaboración con Nora Avaro, el libro *Denuncialistas. Literatura y polémica en los años 50* (Santiago Arcos, 2004) y numerosos artículos y ensayos sobre temas de teoría (la novela, la novela corta, el problema del realismo, etc.) y de literatura argentina (Roberto Arlt, Jorge Luis Borges, Rodolfo Walsh, Juan José Saer, los regionalistas del litoral, etc.) en revistas especializadas, nacionales e internacionales.

miserabilism in the treatment of the characters and in the development of the plot.

**Keywords:** *Las Colinas del hambre* - Complaint - Allegation - Boedo - Verismo - Miserabilism

La primera edición de *Las Colinas del hambre* de Rosa Wernicke es del año 1943. El pie de imprenta de la editorial, Claridad S.A., fecha la salida el 25 de noviembre. El libro tiene 265 páginas y pertenece a la colección “Biblioteca de Escritores Argentinos. Obras de Autores Clásicos y Contemporáneos”. En el fondo de la cubierta, de color anaranjado, se reproduce una ilustración de Julio Vanzo en la que aparecen difusas las montañas de basura a las que alude el título, unos carros tirados por caballos y gentes (hombre y mujeres, pero también niños) trabajando en el vaciadero. El dibujo es uno de los 35 que Julio Vanzo hizo para ilustrar la edición.<sup>2</sup> Debajo del título, *Las Colinas del hambre*, entre paréntesis, se informa el género del libro: “(Novela)”. En el mismo sentido, en la primera página, en una nota que firma “La Autora” se aclara: “Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios y no se identifican con ninguna persona de la realidad.” Sabemos entonces que lo que se leerá en adelante será ficción, pura ficción novelesca. Pero ¿a cuánto de “verdad” aspira la novela? ¿Cuánto tiene de “crónica”, cuánto de “registro verídico”, cuánto de “invención imaginaria”?

La aclaración de Wernicke no impidió que la novela se leyera “en clave de realidad”. En la nota bibliográfica aparecida el 26 de diciembre de 1943 en el suplemento cultural del diario rosarino *La Capital*, el reseñista escribía:

Nada en el curso del relato se adivina como obra de ficción. [... Los basurales son una] muestra doliente de nuestra ciudad. [La novela] no deja de formular un llamamiento a la sociedad que parece despreocuparse por la existencia de los que viven en el vaciadero municipal.

La referencialidad implícita, entendida sin reparos como “llamada a lo real”, quedaba de todos modos garantizada. No hay dudas de que el personaje de Manuel Hernández, concesionario del vaciadero municipal del barrio de Mataderos, hoy conocido como barrio La tablada, que en los mapas figura sin embargo como Barrio Gral. San Martín (según la ordenanza municipal de 1950), estuvo inspirado en la figura del español Jesús Pérez, titular de la

---

<sup>2</sup> La novela fue reeditada en 2009 por la editorial del diario *La Capital*, con un prólogo sin firma que se le atribuye a Eduardo D’Anna y en 2015 por la Editorial Serapis, que reproduce los dibujos de Julio Vanzo (a esta edición pertenecen las citas de este trabajo). El libro ganó el premio anual de Literatura Manuel Musto.

concesión entre 1920 y 1950. Las referencias son irrefutables y bien podrían haber respaldado una demanda judicial. Cuenta la leyenda que Jesús Pérez, al sentirse aludido, compró casi todos los ejemplares de la primera edición de *Las colinas del hambre*, razón por la cual durante mucho tiempo, el libro no aparecía ni siquiera en librerías de usados.<sup>3</sup>

*Las colinas del hambre* es una de las primeras novelas argentinas que trata el tema de las villas miserias cuando todavía no se había extendido el uso de ese término para nombrar los asentamientos irregulares surgidos en la periferia de las grandes ciudades. Como bien se señala en la reseña, la novela de Wernicke se propone a la vez como denuncia de una realidad social, tan oculta como indeseable, y también como alegato, como invocación a la sociedad en su conjunto para que sin dilaciones la repare. Denuncia de las injusticias. Alegato a favor de aquellos que las padecen.

Este doble alcance, que se resuelve en *Las colinas del hambre* en el registro de la voz narrativa, se justifica en y por la adscripción de la novela a la poética del realismo social urbano tal como la propone la escuela de Boedo. Verismo en la figuración de los ambientes de la que resultan los personajes delineados como tipos; denuncia y crítica social en la que la literatura se entiende como acción política, en un sentido tan preciso como limitado, en tanto que reparadora de las iniquidades del mundo.

Y esto según lo que en otro lugar caractericé como la aporía de Boedo: una fuerte impronta retórica en el nivel de la enunciación narrativa combinada con una fidelidad extrema en la notación referencial, en este caso rigurosísima, que le debe todo a la observación directa, según lo establecido por el protocolo del naturalismo, que le da a la trama ficcional un sustrato

---

<sup>3</sup> Sobre la figura de Jesús Pérez, cfr. Ielpi, Rafael: "De extramuros y mataderos". Rosario, del 900 a la "década infame". Tomo I: *La ciudad inmigratoria. La ciudad del nuevo siglo*. Rosario: Homo Sapiens, 2005 y Malla, Jorge. *El barrio Tablada y los orígenes de la Biblioteca C. C. Vigil*. Rosario: publicado por la vecinal A.V.R.O.S.E (Asociación Vecinal Rosario Sud Este), 1995.

documental.<sup>4</sup> Se sabe que Wernicke, que residió en Mataderos durante algún tiempo, recorrió el barrio, tomó apuntes, conversó con los vecinos, recopiló testimonios y sacó fotos, algunas de las cuales le sirvieron a Vanzo para hacer las ilustraciones.

*Las colinas del hambre* es una novela de tesis, con un mensaje muy claro y contundente. La ficción echando luz sobre los efectos no deseados del progreso y de la modernización y, como trasfondo, una crítica exaltada contra el capitalismo inhumano. La denuncia entendida como descubrimiento, como de-velación de lo que estaba escondido, de lo que no se podía o no se quería ver “porque es demasiado feo, demasiado triste y desamparado”. Pero también, y funcionando como su correlato, el llamado a la responsabilidad social, enunciado en términos preferentemente morales. La novela propone, a partir de un juego de palabras, concretamente de un juego con la palabra “verdad”, esa doblez, que nosotros leemos como una suerte de “profesión de fe” de la autora:

...Ver-dad. Ver significa percibir por medio de los ojos. Es algo que está en relación con los sentidos y representa un atributo, una función y quien ve cabalmente, también puede mirar. Que mirar es estar ya en íntima cohesión con las ideas, con la imaginación y con la fe. Es una revelación del espíritu que diferencia al hombre de la bestia. El que ve no sólo percibe y conoce una forma, sino que siente a la vez. Con los sentidos se explora, se observa, se inspecciona, se vigila, se espía, se atisba, se vislumbra, se distingue, se reconoce, se discierne, se columbra, se evidencia, se descubre. Cuando se mira se espiritualiza, se idealiza, se anima. En lo psíquico, lo esencial, lo incorpóreo, lo intangible, personal, esencia y platónico. ‘¡Dad... Dad... Dad!’ (...) ‘¡Dar!’ ¿Qué mayor satisfacción para el alma? (...) Quien da otorga, regala, concede, beneficia, lega, cede, premia, entrega, dota, consigna, recompensa, retribuye, dispensa, reparte. Dar refleja un sentimental generoso que se desliza al margen del egoísmo, de la especulación, del interés, de la usura, del provecho, de la ventaja, de medro, del usufructo, del dividendo, de la bonificación (165-166).

---

4 Cfr. Capdevila, Analía. “Las aporías de Boedo (A propósito de los *Versos de una...* de Clara Beter)”. En: *Badebec*. Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario. Vol. 5 n° 9, Setiembre de 2015. Web.

<https://revista.badebec.org/index.php/badebec/article/view/272> Acceso: 28 de mayo de 2019.

El alegato de Wernicke termina con el reclamo de políticas asistencialistas (todavía no ha llegado el peronismo) pero comienza como apelación a los buenos sentimientos, de parte de los personajes (la piedad, la conmiseración, la lástima), y por efecto de contagio, de parte de los lectores (“la buena voluntad” de la que se habla en la novela). El pietismo redentor, piedra basal del ideario estético (y político) de Boedo, aparece entonces como subtexto, como ideología con moviliza toda la parafernalia metafórica, el arsenal completo de imágenes alusivas y de clisés que convocan a cada paso a las virtudes cristianas (casi siempre son cristianas las virtudes para Boedo).

Con una retórica inflamada, el narrador de la novela –que funciona como una figura vicaria de la propia Wernicke– se pregunta por los recursos que se destinan para saldar este estado de situación: “¿Qué hacen los gobiernos por los menesterosos?”:

Se fletaban barcos repletos de cereal para socorrer a pueblos necesitados; se organizaba un cuerpo de médicos y enfermeras para ir a prestar su ayuda en la reciente catástrofe de un vecino país; en colectas y subsidios nacionales se amontonaban millones de pesos para levantar un monumento a la bandera mientras, en las barrancas donde ésta se creara, los habitantes de uno de los países más generosos del mundo vivían en la más lamentable y oscura miseria (34).<sup>5</sup>

A la falta de políticas públicas por parte del Estado, por corrupción o desidia, se le suma la indiferencia social y el odio de los ricos (traducción sentimental, “afectiva” de los intereses de clase). En este registro también la moral tiñe todos los enunciados de la novela.

Concretamente se reclama en la novela de Wernicke por el saneamiento de los terrenos (“Quizás no esté lejano el día en que al fin veamos dragados y rellenados los pantanos que rodean la barriada y que, en algún lugar de esas horribles cuevas donde viven seres humanos, se levanten las viviendas económicas de los trabajadores.”); por la carencia de agua potable y de servicios sanitarios; por la contaminación ambiental (el tufo

---

<sup>5</sup> En dos oportunidades se hace mención en la novela al proyecto de construcción del monumento a la bandera. Sobre la historia del Monumento Histórico Nacional a la Bandera se puede consultar: <https://www.monumentoalabandera.gob.ar/index.php>

pestilente de la laguna de agua pútrida que expulsa los desechos del matadero, el olor nauseabundo de las zanjas por donde desagua el lavadero de achuras de la fábrica de encurtidos, las emanaciones del criadero de cerdos, el hedor de la vieja curtiembre unido al de toda la basura del municipio”: la miseria tiene un “olor dulzón, agresivo y repugnante”); por la falta del trazado de las calles (“Que la calle Ayolas, pavimentada hasta el río, libre del criadero, libre de las moscas y de la basura, sea una hermosa realidad”); por la necesidad de controles sanitarios (en particular por la inspección de los criaderos de cerdos); por la ausencia de las políticas de salud pública para paliar las enfermedades de la pobreza (la tuberculosis, la sífilis, el alcoholismo); y, sobre todo, por los hornos incineradores de la basura.

La concepción organicista de la sociedad a la que adscribe Wernicke dispara en la novela la serie de metáforas médicas, tan cara al naturalismo en su variante higienista, como dispositivo de figuración referencial: la barriada como “pulmón enfermo”, la barriada como una “ulcera con un rico guante”, la barriada como una pústula pestilente: un mundo aparte de la “ciudad jauja”, “bullanguera”, lo otro excluido de “la espléndida ciudad de los felices”, la cara oculta de la ciudad “hermosa”, “pulcra” y ordenada.

La acción de la novela transcurre el primer domingo de la primavera del 1937, desde las primeras horas hasta el atardecer. Lo sustancial de la trama se desarrolla en el barrio de Mataderos. Como lo decíamos antes, las “colinas” del título (una metáfora, no son montañas, sino colinas, un término con más vuelo poético, en el que la alusión al hambre aparece distanciada por un efecto estetizante) aluden a los montones de basura que se acumulaban en los bajos de la calle Ayolas, yendo hacia el este, es decir, hacia el río. Una zona rigurosamente delimitada: entre “el puerto activo” y “una elegante avenida circunvalación, todavía en proyecto”, cuyo mapa podemos trazar por las calles que aparecen indicadas en la novelas (Ayolas, Beruti, Esmeralda, Convención) y por la referencia a los lugares emblemáticos del barrio y de su entorno: el frigorífico Swift (del que cada tanto se escuchan las sirenas), el

elevador de la unidad VI, el Puente del ferrocarril Rosario a Puerto Belgrano. (Todos ellos aparecen además en las ilustraciones de Vanzo).

Con todo, no es desde el comienzo que aparece descripta la barriada de Mataderos. A ella llegamos acompañando el recorrido de un ciruja con su carro. Desde el centro hacia el sur: Urquiza, Córdoba llegando a Maipú, y de Maipú a Pellegrini, (por el asfalto); Necochea, Ayolas, Esmeralda, Beruti, Convención (por el adoquinado), hasta llegar al callejón sin pavimentar que nos lleva directo al vaciadero, a ese paraje escondido detrás de una “cortina impenetrable de arbolitos”.

Wernicke proyecta sobre el mapa de la ciudad de Rosario una línea demarcatoria que opone el sur y al norte, tomando al centro de la ciudad como corredor de acceso a cada uno de los puntos cardinales.<sup>6</sup>

En la zona sur, la miseria está más arraigada que en la zona norte. Es tan profunda y desoladora y trágica, que sus raíces parecen proceder del mismo centro de la tierra (...) En la zona norte, aunque la diferencia no sea muy extraordinaria, puede advertirse menos abandono. El aspecto algo boscoso de este lugar, quizás influya particularmente en ello. Abundan los ombúes, la jarilla, la oreja de sapo (17).

El vaciadero es el centro, el corazón mismo del barrio de Mataderos y es descripto minuciosamente por Wernicke de acuerdo a la preceptiva del naturalismo. Las descripciones son “vistas” (como las ilustraciones de Vanzo, traducción icónica, plástica de la *tranche de vie*) en las que la miseria aparece como “espectáculo”, como cuadro viviente.

Es un abigarramiento confuso donde los hombres, las mujeres y los animales viven una existencia en común. No hay patio, ni paredones, ni cercas, ni nada. La vivienda consta de un cuarto o de dos y una cocina construida con tres tablas, cuatro latas, sunchos, arpilleras y elásticos de cama agujereados y mordidos por la herrumbre. A veces los techos son chasis de autos desechados

---

<sup>6</sup> Para este punto, Cfr. Roldán, Diego y Pascual, Cecilia. “Escribir las periferias: Representaciones literarias de la segregación urbana en *Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke”. Memoria Académica, repositorio institucional de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. [En línea] Disponible en: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.2580/ev.2580.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2580/ev.2580.pdf)  
El binarismo presente en la novela opone claramente en las primeras páginas la poderosa ciudad del Norte (cuyas referencias son el barrio de La Florida, Alberdi, la Costanera, la bajada Puccio, el Club Regatas, Arroyito y el Parque Alem) a la miserable periferia del sur.



hasta del cementerio del automóvil. Las mujeres lavan la ropa y la extienden al frente de la casa, cocinan, despiojan a sus hijos, discuten, luchas, reniegan todo el día. Cada uno muestra a su vecino lo que hace, lo que come, lo que guarda, cómo se viste, se peina, se lava o se emborracha. El barro y la mugre lo invaden todo (18).

No hay límites, ni orden, ni simetría, allí todo se confunde: lo humano y lo animal, lo público y lo privado, lo propio y lo ajeno. El asentamiento del rancherío se levanta en los terrenos cenagosos, inviables para la construcción de las viviendas. Pero además su ocupación es ilegal y por lo tanto provisoria. Tiene fecha de vencimiento. La novela anticipa el conflicto por los terrenos, que son propiedad de la empresa extranjera del ferrocarril que está haciendo el trazado de las líneas demarcatorias para deslindarlos de los del municipio.

Con todo, el vaciadero es presentado por Wernicke como un mundo del trabajo, pero del trabajo en condiciones de precariedad o de degradación. Con una pulsión casi obsesiva Wernicke hace el catálogo de las “tareas”. Toda la actividad ligada a la acumulación de la basura aparecer relevada en la novela: el criadero de chanchos que se alimentan de escoria, el lavadero de trapos, los galpones de la enfiadora, los galpones donde se hierven los huesos para separar el caracú (que van luego a la Refinería de Arroyito), el taller de hojalatería de la calle Ayolas, la fábrica de jabones “La golondrina”.<sup>7</sup>

También son inventariados los oficios y tareas de quienes trabajan en la “cosecha de la basura” y en sus actividades afines: están los que hacen las excavaciones en las montañas de basura, llamados “topos”; los que clasifican la basura, separando el material reciclable (papel, trapos, latas, huesos) del que es puro desperdicio y lo trasladan a los galpones; y después están los operarios que trabajan en las fábricas derivadas de la cosecha de la basura (en la fábrica de jabones o en los talleres de hojalaterías).

---

<sup>7</sup> Hay en la novela un uso ostentoso, casi exhibicionista de la notación referencial. Así, son mencionados, entre otros: “la boite de la calle Mitre”, “el restorán de la calle Urquiza”, “la fideería de la calle Salta”, “el cambalache de la calle Sarmiento”, la fonda “El elevador sur”, el almacén “La flor de la quema”, “el mercadito de la calle Ayolas”.

La división del trabajo ubica a cada trabajador en una escala social según el tipo de vínculo que establece con su empleador: desde el ciruja *freelance* que recorre las calles juntando basura que luego le vende al concesionario, a los topos y a los clasificadores, que cobran por kilo, pero que están contratados por el concesionario, y por último, los asalariados, que perciben una paga fija, aunque magra, por su trabajo –y tienen posibilidad de la asociación gremial, según se aclara en la novela–.

El de la cosecha de la basura es el último eslabón de la cadena de la productividad (lo que se hace con los desechos, con “la inmundicia” y con la “podredumbre de la ciudad”), y es el que cierra el círculo pero lo vuelve a activar, al producir una nueva mercancía: el “oro”, el “oro negro”, que es “joya” y “tesoro” para el concesionario, ganancia supernumeraria del “trueque maravilloso”.

Fuera de la cadena de la producción, en el peldaño más bajo de la escala social, se encuentran los mendigos, incapaces de generar valor, esto es, mercancía. En ningún momento de la novela se deja de adscribir a una moral del trabajo; el trabajo, aun el injustamente remunerado, dignifica al hombre porque es “la voluntad encauzada, reglamentada y ordenada” (son términos de la novela) en la generación de ganancias. Ahora bien, si es acumulada, esa ganancia envilece. Es necesaria entonces su redistribución equitativa.

La escala social es también moral: va de cierta integridad de los que padecen la pobreza dignamente a la miseria como abyección. La pobreza material en su grado extremo, superlativo, engendra miseria. La miseria es la hipérbole de la pobreza, un exceso en la carencia de los recursos necesarios para subsistir con dignidad. Por lo que no se trata sólo de la desposesión de medios materiales. También está la falta (que es una pérdida resultado de una des-posesión) de los valores morales, el miserabilismo moral, entendido como degradación de lo humano. O mejor, como poder “disolvente” del organismo social (el término es de Wernicke).

¿Qué sentimientos podían surgir de aquellos seres cuando las familias enteras vivían hacinadas en espantosa promiscuidad, mientras los niños compartían la única habitación de los mayores oyendo sus conversaciones descaradas, sus chistes soeces, sus

palabrotas, sus groserías y sus insultos? En las noches se adormecían bajo el canto de sus progenitores ebrios, que se habían bebido tristemente los centavos arrancados a la inmundicia, a la podredumbre de la ciudad. A su alrededor sólo surgían malos ejemplos. Las blasfemias, los alaridos de sus madres y hermanas brutalmente golpeadas, estaban a la orden del día. El carácter se agriaba con la miseria, la raza degeneraba con el hambre y toda clase de privaciones (86).

La ecuación de Boedo –el ambiente malsano ejerciendo su nefasta influencia sobre los caracteres– está funcionando a pleno, sobre todo cuando se trata de los niños:

Habían sido amantados con leche agria, cargada de toxinas, único regalo del seno materno. Crecían con aspecto enfermizo y sus ojos poseían absortas miradas en las que ya se cristalizaba un principio de idiotéz, sus caritas reflejaban la poderosa influencia del aire malsano de los sufrimientos y de las privaciones (88).

La resolución formal de la ecuación a nivel narrativo redundante en la creación de tipos sociales (el ciruja, el curandero, la prostituta, el dueño de la fábrica, el ingeniero, etc.) que devienen estereotipos morales (el laborioso, el redentor, la perdida, el avaro, el indolente, etc.). La falta de “densidad psicológica” de los personajes es compensada por la inflación de su “catadura espiritual”. Cada uno no es más que la suma de sus virtudes y sus defectos, resultante final de los atributos “de su alma”.<sup>8</sup>

Los personajes de *Las colinas del hambre* están presentados por lo general en parejas binarias, repartidos en dos bandos, claramente enfrentados (los que están del lado del Bien y los que están del lado del Mal); por un lado los nobles, los piadosos, los interesados, por el otro los impíos, los egoístas, los indolentes. Al modo del folletín, la novela distribuye culpas y castigos, redime a los inocentes y condena a los injustos. Del reparto justiciero, maniqueo, resulta una imagen si bien no del todo idealizada de los pobres (hay pobres “malos” en la novela), al menos despojada de todo

---

<sup>8</sup> Cfr Rosa, Nicolás "La mirada absorta". En: *La lengua del ausente*. Buenos Aires: Biblos, 1997. "La descripción de la pobreza en el plano narrativo literario asumió siempre una narración que apela a la cientificidad de los enunciados (la pobreza entendida como mal social) y en el otro extremo como miserabilismo folletinesco", 117.

componente épico, puras víctimas de una realidad infame que los condena a la inacción, al puro padeciendo. Y esto porque la responsabilidad, entendida como carga social, está del lado de los demás, de todos “nosotros”: contra la anomia moral, la novela incita a la asunción colectiva de la culpa.

Sólo en un personaje, el de Martín Fuentes, claramente delineado sobre la figura del redentor en su versión crística (un curandero de la barriada, de joven empleado en las oficinas de un importante molino harinero, que pasó luego ocho años en prisión, donde contrajo la tuberculosis) se insinúa algo del orden de la praxis en tanto que acción transformadora. No en vano el concesionario ve en él a “un revolucionario de inquietas y subversivas ideas”.

*Las colinas del hambre* es una manifestación tardía de Boedo que a su vez, como poética, fue leída como supervivencia epigonal del naturalismo del siglo XIX (del argentino, que también era epigonal respecto del francés). Todas las limitaciones literarias y también las “ideológicas” de la novela provienen de esa filiación y se ponen de manifiesto, se activan podría decirse, en el orden de la enunciación retórica, esa suerte de dispositivo que encauza la narración por caminos seguros, esto es, trillados. Pero también de Boedo le vienen a la novela sus aciertos, sus resoluciones más felices. Wernicke ha sabido sacarle el máximo de provecho a la “superstición documental” que funda esta variante del realismo social urbano y hace de la literatura, de la novela, testimonio del presente de la historia, documento de época.

## **Bibliografía**

Azcuénaga de Puchet, Herminda. “‘*Las colinas del hambre*’ de Rosa Wernicke”. *El Corán y el termotanque*. Web. <https://coranytermotanque.com/2015/10/las-colinas-del-hambre-de-rosa-wernicke/> Acceso: 28 de mayo de 2019.

Capdevila, Analía. “Las aporías de Boedo (A propósito de los *Versos de una...* de Clara Beter)”. En: *Badebec*. Revista del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad

Nacional de Rosario. Vol. 5, n° 9, Setiembre de 2015. Web.  
<https://revista.badebec.org/index.php/badebec/article/view/272>  
Acceso: 28 de mayo de 2019.

D'Anna, Eduardo. "Rosa Wernicke y las posibilidades del realismo". Espacio Santafeño. Programa del Ministerio de Innovación y Cultura de Santa Fe. *La literatura de Santa Fe. Un análisis histórico*. Web.  
[http://www.espaciosantafesino.gob.ar/uploads/archivos/ediciones\\_catalogo/llsf.pdf](http://www.espaciosantafesino.gob.ar/uploads/archivos/ediciones_catalogo/llsf.pdf) Acceso: 28 de mayo de 2019.

Ielpi, Rafael: "De extramuros y mataderos". Rosario, *del 900 a la "década infame"*. Tomo I: *La ciudad inmigratoria. La ciudad del nuevo siglo*. Rosario: Homo Sapiens, 2005.

Malla, Jorge. *El barrio Tablada y los orígenes de la Biblioteca C. C. Vigil*. Rosario: publicado por la vecinal A.V.R.O.S.E (Asociación Vecinal Rosario Sud Este), 1995.

Roldán, Diego y Pascual, Cecilia. "Escribir las periferias: Representaciones literarias de la segregación urbana en *Las colinas del hambre* de Rosa Wernicke". *Memoria Académica*, repositorio institucional de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Web.  
[http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.2580/ev.2580.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.2580/ev.2580.pdf) Acceso: 28 de mayo de 2019.

Rosa Nicolás. "La mirada absorta". *La lengua del ausente*. Buenos Aires: Biblos, 1997, 113- 129.